

BOLETIN REPUBLICANO

de la

PROVINCIA DE GERONA

Órgano Oficial de la Fusión Republicana

Se publica semanalmente * REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: «Centro de Fusión Republicana» — Plaza de la Independencia

Año I.

Gerona 21 de Agosto de 1897

Núm. 15.

Hay que estar prevenidos

Con la alevosa muerte del que fué presidente del Consejo de Ministros, señor Cánovas del Castillo, no hay duda alguna que la política española cambiará por completo, por haber sido atacada en sus propios cimientos. El asesino, obedeciendo á un instinto de secta, ha calculado más el goce que le causaba el cumplimiento de un deber tal vez impuesto, que las tremendas consecuencias que iba á traer sobre España la desaparición de una personalidad que, si combatimos siempre como á político, no dejamos de llorar como á hombre de ciencia.

Muy negro se nos presentaba el porvenir de nuestra Nación, pero más, mucho más negro se nos presenta ahora; que si la muerte del ilustre general Prim trajo funestísimas consecuencias, tan amargas y tan tremendas, si no mayores, quizás pueda traerlas la del señor Cánovas en estos momentos en que á más de las guerras coloniales en que nos hallamos engolfados, del malestar político y económico que traen éstas aparejados y que tan profundamente dejan sentir sus consecuencias en estos días, hay otra cosa más terrible y más feroz que nos aguarda y que de mucho tiempo está en perspectiva.

Nos referimos al carlismo.

Los gobiernos de la restauración acá, tanto los liberales como los conservadores, han ido tratando al partido carlista con una benevolencia tal, han procurado con dádivas, empleos y preponderancia querer que fuera el lastre de la monarquía, que hoy, creyéndose ya una potencia que pesa en la política española, intenta, desagrado como siempre, ambicioso como político y orgulloso como su absoluta voluntad le impone, deshacerse de sus compromisos, dictar leyes como soberano y disponer de los destinos de la nación como dueño de ella.

Hace tiempo que las señales en el cielo político de España indican tempestad, y no sería extraño que ésta estallara dentro de muy poco tiempo presentándose prime-

ramente en forma de partidas que podrian muy bien ser republicanas ó socialistas, para acabar con un movimiento formal y sério del partido carlista, pues cuenta para ello con medios más que suficientes.

Es necesario, pues, dar la voz de alerta; es necesario que los republicanos no se dejen seducir por esta gente que á cambio de entregarles unos cuantos frailes para hacer de ellos un 35, diera por resultado la presentación de la gente carlista, como gente del orden que ella misma hubiera perturbado. ¿Qué le importa á este partido sacrificar la vida de algunos religiosos, de algunos indefensos, la quema de algún convento, con tal de alcanzar el poder apareciendo como salvadores de la sociedad? La entronización de esta monarquía ¿no fué precedida de las guerras cantonal y carlista? ¿No fueron éstos el instrumento para llegar al actual orden de cosas? Pues, parodiándolo, quisieran ahora hacer lo mismo los que antes sirvieron de escalabel, confiando en que hay un gran número de españoles que aceptan, desengañados, cualquier gobierno que se les dé con tal que la familia, la sociedad, la religión queden á salvo y haya paz aunque ésta no sea más que ficticia.

Si el partido republicano tiene cordura; si el partido socialista no hace caso de los engañosos halagos que puedan presentarles unos cuantos solapados enemigos comprados por el carlismo para echarles al campo con promesas ilusorias, es muy fácil, es casi seguro, que todo este plan fraguado en el extranjero, desde hace tiempo, no dé ningún resultado positivo y sólo se traduzcan en bravatas esos alzamientos y esas apuestas de que vienen hablando los periódicos hace días; si, por el contrario, hay quien dé oídos á esta gente y creyendo de buena fé que se trata de instaurar la República en España, secunda sus siniestros planes cayendo en sus redes, arrastraremos con nuestra caída esta poca, poquisima libertad de que aun disfrutamos y habremos contribuido á la más negra de nuestras humillaciones.

EL MARTIRIO DE LA ELOCUCENCIA

(Recuerdos de una revolución)

Corrían los días de 1791 á 93, días de apogeo de aquella sublime revolución, verdadero terremoto de añejas instituciones, que, conmoviendo hasta las entrañas el suelo de la Francia, extendió más allá de sus fronteras aquel pavoroso sacudimiento que, si no hizo caer á una todos los tronos, los hizo tambalearse al menos, é hizo palidecer á los reyes en aquellos supremos instantes en que la mano de un hombre, empuñando el rayo de la revolución, escribía con él, en caracteres relampagueantes, en el cielo de la conciencia, el decreto de muerte de todos los privilegios y de todas las tiranías, y el reconocimiento de una nueva vida por medio de una nueva regeneradora filosofía.

Acabábase la Constitución y era aceptada por el rey en medio de los vitores del pueblo. La Asamblea Constituyente se iba á disolver, como para dormir y descansar de su titánica obra, cubriéndose los ojos con aquella corona de laureles que acababa de conquistar para su frente, y para mayor seguridad en su descanso, se proponía dictar una ley, por la cual quedarán sus miembros imposibilitados para ser reelegidos. El que se había levantado á defender aquel proyecto era un diputado alto, delgado, miope, bilioso, que aparentaba con aquella proposición desentenderse del Gobierno del Estado, para tomar más tarde él sólo las riendas de la nación y conducirla de escollos á precipicios; á las ciudades de incendios á demoliciones; y á los hombres que osaran tan sólo inspirarle temores, de las prisiones de la muerte, para luego él mismo, después de ser el ídolo de aquel fanático pueblo, que le contemplaba encantado y emudecido perorar desde la tribuna de los montañeses, sentir ahogar su palabra y dejarse conducir, desangrado su cuerpo y tiñendo con su propia sustancia las calles que conducían hasta el funesto sitio del patíbulo, donde cayeron tantos genios que no habían cumplido su destino, y que, como *Chénier*, veían acercarse la muerte inexorable sin dejarles tiempo para revelar tantas obras inmortales; y sólo concediéndoles un instante para que antes que se escondieran en la tumba pudieran golpearse la cabeza contra los maderos del cadalso, exclamando: «Y sin embargo, algo había aquí».

Pocas veces había hablado *Robespierre* hasta entonces, y esta vez los constituyentes le oyeron y la Asamblea aceptó la proposición y se disolvió. Pero la obra no estaba acabada. El pueblo, más que arrancar á la monarquía su prestigio y su fuerza, estaba decidido á aniquilarla y destruirla. La Constituyente no se había atrevido á tanto. Se contentó con elaborar un Código, que quiso ser una transacción y no fué más que un aplazamiento del combate á muerte entre la reacción y la revolución. Faltaba el desenlace. El impulso estaba dado; empezó fuerte y concluyó por ser incontratable. La última hora de la monarquía había sonado en el tiempo. Se esperaba el momento, y el alguien que diera el último

poderoso empuje. Ese supremo esfuerzo la Asamblea legislativa lo traía en su seno. Era la entrada en escena de la *juventud*, palabra que siempre me ha parecido sinónima de ida nueva; que las nuevas generaciones creo, en mi sentir, están llamadas a ser las demolidoras de las viejas ideas. La Francia en aquel momento se hizo fuerte, vigorosa y entusiasta, con el entusiasmo, el vigor y la fuerza que le traían sus representantes, y que era el que necesitaba para demoler la base y derribar de un golpe aquel suntuoso edificio de vetustas tradiciones, para seoultarle en el abismo de lo pasado.

A la falange de encanecida senectud que poblaba los bancos de la Asamblea constituyente, vino a suceder una muchedumbre de fogosa juvenil edad, que cuajaba los escaños de la Asamblea legislativa. La primera había dictado la abolición de los privilegios y había proclamado para el mundo los *Derechos del hombre*. La segunda iba a redactar la abolición de la monarquía y a decretar la *Convención nacional* que había de concluir la incompleta obra, borrando de la Constitución la palabra monarca, triste es decirlo, no con tinta sino con sangre. En la primera había retumbado una voz imponente y terrible como el crujir del trueno que precede á la tempestad, como el rugir del león acosado por el hambre en medio de un desierto. En la segunda resonaba también una voz, no ya imponente ni terrible, sino simpática y sonora; como la voz de Orfeo, que amansaba las fieras con su canto. En la una, Mirabeau había hecho temblar las paredes, cuando fiero y airoso revelara dos Derechos del hombre, y en la otra Vergniaud había hecho vibrar los corazones, cuando triste y respetuoso leyera delante del rey y su familia el decreto de suspensión de la monarquía. Ambos eran genios, pero de distinta especie, de opuestos caracteres. Este era más puro en sus ideas y en su conducta; quizás más elocuente; pero siempre menos enérgico. El uno, con una mirada y un gesto, era dueño de la Asamblea; el otro necesitaba todo un discurso para llegar á convencerla. El uno la intimidaba, el otro la conmovía. Aquél se vendía y hablaba en todos los tonos; éste nunca defendió sino lo que su corazón ó su conciencia le dictaban. Mirabeau defendía en el día de hoy al rey porque le pagaba, y le combatía en el de mañana si le retiraba su sueldo. Vergniaud nació á la vida pública amando la República, y murió en el cadalso exhalando por ella el último suspiro.

La Francia había recorrido todos los rincones de su territorio, y donde quiera que había encontrado algo grande lo había trasplantado á París. Entre aquel tumulto de notabilidades que han dejado sus nombres á la historia, se distinguía un partido por la fuerza de su credo, y por su vigoroso ardor por la República; en cuyos miembros, como dice Quinet, se veía á los poseedores del porvenir, que entraron coronados de flores en la revolución, y para quienes la palma era anterior al combate. Entre aquel partido se distinguía un hombre por su inefable genio y por su arrebatadora y luminosa elocuencia. El partido era el *Girondino*. El hombre era *Vergniaud*.

Diputado por Burdeos, donde se albergaba y se escondía su inspiración cuando fue arrancado para resplandecer desde lo alto de aquella tribuna, en la que estaba clavada la pupila de la humanidad; pobre, sin otro recurso que el ejercicio de la abogacía, la había abandonado á la voz de su patria, á la que se entregaba todo entero; llena su alma de nobles esperanzas, y contento de ayudar al afianzamiento de la libertad en el porvenir. Partió; llegó á París, entró en la Asamblea, se dirigió á su banco, y después de sentarse y recorrer con su mirada aquel templo, se admiró de encontrar allí un algo que había llegado antes que él: su fama. Los periódicos hacía tiempo le habían presentado á la nación. Así es que el día en que por primera vez apareció en la tribuna, todo su auditorio se preparó en un atento silencio á escuchar la palabra de aquel hombre que, sin haber abierto sus labios, ni haber llenado todavía con su acento aquel recinto, traía un poderoso nombre, que hacía cambiar la mirada respetuosamente al menor movimiento de su persona y aguzar el oído extremadamente á la menor vibra-

ción de su garganta. Habló como hablaría la misma *Elocuencia*, y sus frases quedaron confundidas entre la música remuneradora de un general aplauso y el cadencioso murmullo de una mal reprimida exaltación.

Tal era *Vergniaud*. Sus amigos Guadet y Gemsonné, orgullosos de su correligionario, le llevaron en triunfo á casa de madame Roland, á aquel foco donde empezaban á reverberar para luego esparramarse por toda la Francia, los albores de la República, y donde se emprendió aquella cruzada que comenzó en el saño y oscuridad del hogar doméstico, para concluir más tarde en el cadalso, á la luz del mundo y de la justicia ultrajada. Madame Roland trató á *Vergniaud* desde entonces, y aunque no llegó á ser de su afecto, no puede menos de reconocer, al hablarlos de él en sus *Memorias*, su admirable elocuencia, diciendo que «sus discursos, preñados de lógica, impregnados de fuego, llenos de ideas, resplandecientes de bellezas, sostenidos por una nobilísima conclusión, se hacen leer, aun después de pronunciados, con gran placer». Pero como no encontrase en él el hombre que buscaba, continúa diciendo: «Sin embargo, no me agrada *Vergniaud*; encuentro en él el egoísmo de la filosofía; desdennando los hombres, seguramente porque los conoce bien, no se incomoda por ellos.» Y es que con más previsor talento que los demás, se abandonaba; no esperaba el triunfo, presentía la muerte.

Trabajaba poco, pero cuando lo hacía, su trabajo tenía una intensidad y una fuerza prodigiosa. Su brillante acusación al rey del 3 de Julio, llena de un perfume ciceroniano y de una dialéctica sorprendente, llevó la convicción á todas partes de que el rey era el causante de todas las desgracias. Combatió con el rey y venció al rey. Su oración fue el crepúsculo del 10 de Agosto. Inolvidable día 10 de Agosto. París entero parecía estar en ebullición. Las secciones, los federados y el pueblo se preparaban á atacar. Los nobles, los suizos y el palacio á defenderse. Luis XVI tuvo que salir de las Tullerías y refugiarse en la Asamblea. *Vergniaud* presidía. El rey se sentó á su lado, pero alguno pidió que se retirara, porque la Constitución no permitía que se deliberara en su presencia, y se le condujo á una tribuna, desde la cual contemplaba resignado en medio de su familia, el desenlace de aquella tragedia, en que él era la víctima. El choque se acababa de verificar. La patria en aquellos momentos hablaba; en las calles por boca del cañón, en la Asamblea por boca de sus representantes.

Allá los suizos, esos últimos defensores de una monarquía que muere, acuchillados y despedazados por un pópulacho sediento de sangre y ennegrecido de pólvora. Acá, los diputados, esos primeros soldados de una República que nace, deliberando al compás del estruendo y las detonaciones, ebrios de patriotismo y poseídos de libertad. El combate fuera, la incertidumbre dentro. Se ignoraba quienes serían los elegidos de la victoria. Corre el rumor de que los suizos vencen y se adelantan á profanar aquel sagrado asilo. Los estampidos se acercan. Algunos se lanzan á la puerta á detenerlos, los demás permanecen en sus bancos. Otros miran á lo alto creyendo que el ángel de la muerte se cierne sobre sus cabezas, esperando que con sus anchas alas negras azote su frente. *Vergniaud* se levanta. Sereno, erguido, el rostro iluminado, la mirada altiva, y extendiendo los brazos como la estatua de la abnegación exclama: «Señores, hé aquí el momento de morir dignos del pueblo, en el puesto á que nos ha enviado». Los diputados y las tribunas contestaron como el eco de su voz quebrándose en aquellas bóvedas y extendieron á su vez las manos como para jurar. ¡Solemne y lúgubre juramento, que atestigua como la libertad purifica las naciones y hace de cada ciudadano un mártir en un héroe!

Pasado el peligro, *Vergniaud* dejó la presidencia á Guadet, girondino también, y se alejó á redactar un decreto. Tomó en sus dedos aquella pluma con que iba á herir de muerte la monarquía. Luchó un instante con su corazón y escribió. Pocos momentos después la Asamblea escuchaba de sus labios la suspensión de la monarquía y la creación de una Con-

vencción Nacional, cuyos dos pasos prepararon la República, proclamada más tarde, el día 22 de Septiembre, y celebrada por los girondinos aquella misma noche en casa de madame Roland. *Vergniaud* estaba preocupado y callaba en aquel festéjo de su triunfo. Cuando quiso brindar por aquella nueva institución por la cual tanto había hecho, madame Roland deshojó en su vaso algunas rosas, de las que llevaba. *Vergniaud* levantó la copa y bebió. Luego, volviéndose á *Barbarouce*, le dijo: «*Barbarouce*, no son rosas, sino ramas de ciprés, las que era menester deshojar en nuestro vino de esta noche. Bebiendo por una República que se nutre con la sangre de Septiembre, ¿quién sabe si bebemos para celebrar nuestra muerte? No importa, continuó; si este vino fuese mi sangre, aun lo bebería por la libertad y la igualdad!» Así presentía aquel genio, que personificando al pueblo en el memorable 10 de Agosto, había arrancado la corona y el cetro de las sienes y la diestra de Luis XVI, arrojándolos en el sitio donde se habían desmoronado los privilegios y las tiranías, para que aquel montón de ruinas sirviese de pedestal á la Francia trasfigurada y redimida por la República.

M. E.

CARTA ABIERTA

Sr. D. Rafael Fernandez de Soria.

Mi distinguido amigo y correligionario: El señor D. José María Farina, republicano progresista al que yo no tenía el gusto de conocer, hizo llegar á mis manos una carta impresa, que por esto mismo, aunque dirigida á él, ya indicaba que iba V. á darle, y yo me alegro de ello, los justos honores de la publicidad. El mismo señor me hizo saber aunque en extracto, la contestación que había dado á la carta de V. cuya contestación mereció la aprobación de sus amigos, los que aquí llevan la dirección de su partido, contestación que ya debé haberle á V. puesto en camino de rectificar los principales conceptos, que fundado tan sólo en no sabemos qué reseña de no sé que periódicos, son la única y bien deleznable base de su epístola.

A cargo y de cuenta de V. queda el dar á conocer ó no la contestación que este correligionario suyo dió á su carta, y el juicio que yo les merezco á estos sus amigos que me conocen de toda la vida y muchos de los que oyeron, y aprobaron, y hasta aplaudieron mi discurso en el meeting del diañónce. Lo que yo sentiría, por más que su talento me garantice que no ha de caer V. en este nuevo error, sería que fulminase V. los rayos de su indignación contra estos sus buenos correligionarios, por más que casi me lo temo, al ver los que contra mí fulmina; pero á fin de evitarlo, si V. en tal estado de ánimo se encuentra, le recomiendo empiece por hacerlo contra sí mismo que no duda en combatirme al tiempo mismo de decir en su carta, de su propia cosecha, estas textuales palabras: «Pero, quién renuncia á la lucha legal? Quién ó quienes renuncian á la conquista más grande del pueblo, á la expresión genuina de las almas, á la manifestación de la opinión pública? Nosotros los revolucionarios lo somos accidentalmente, porque defendemos la pureza del sufragio». Si V. se hubiera propuesto copiar lo que en mi discurso dije acerca del asunto, no lo hubiera V. hecho con más felicidad, con la diferencia de que parecería que V. se había propuesto echar agua al vino, toda vez que yo, hablando más en crudo, como acostumbro, dije que los republicanos no podíamos renunciar *permanentemente* al sufragio universal, base de todo el sistema democrático, palanca de Arquímedes con punto de apoyo en el espacio, y con la que, perdidas todas nuestras libertades y derechos, los reconquistaríamos, por lo mismo que es y representa la personalidad humana, con un voto en cada hombre, y cuya conquista nos había costado á los demócratas un mar de sangre; pero que cuando los gobiernos nos insultaban prostituyéndole y escarneciéndole, al arrebatarnos de la mano la papeleta electoral ponían en nuestra mano el cartucho y el fusil.

Me parece, amigo D. Rafael, que basta esto para que V. comprenda el mal éxito de la excitación que usted hace á sus correligionario de esta hermosa región para que protesten de las palabras que usted dice me inspiró quizá el calor de la improvisación; que por lo que respecta á que la fuga por segunda vez de las instituciones, sería, como lo fué la primera, una revolución, he de decirle, aparte de no necesitar pruebas tal aseveración, porque las lleva en el mismo enunciado, que le emiti para demostrar, que aún los que sin que llegue tal caso abominan del acto de fuerza, al aceptar y proclamar la república serian revolucionarios, y para demostrar que no hay republicano que no lo sea.

Así, amigo mío, trocando los períodos, cortando la argumentación, aislando la frase, se critica cómodamente, y se edifican sobre arena crstillos de naipes para tener el gusto un momento de derribarlos de un soplo, pero cuando esto se hace no con una mala fé que tratándose de mí, y de V. no puedo suponer, y tan sólo en un momento de irreflexiva ligereza, ó como V. dice, al calor de la improvisación, se paga muy caro y se siente después, como usted sentirá, muy agudo y muy fuerte, el punzar de la conciencia, por más que sólo trasluzca al exterior por un ligero y pasajero rubor de las mejillas. Perdóneme V. amigo mío, que le haga sufrir aún algo más, y sea en mi descargo que yo también sufro al seguir mortificándole; perdóneme V. que las exigencias de la defensa me obliguen todavía á desbaratar por completo tan inmerecido ataque, diciéndole que jamás pronuncié un discurso en que más insistiera en la necesidad del procedimiento revolucionario para derribar lo existente, y en la defensa de la tesis de que «lo que nació por la fuerza, por la fuerza ha de desaparecer.» Y prueba irrefutable, que no admite réplica: consultaban, decía yo, algunos republicanos del departamento del Sena en Octubre del 52 á Víctor Hugo, si debían ó no acudir á las urnas, y aquel grande hombre terminaba así su contestación: «En estos momentos, el perpetuo llamamiento á las armas está en el fondo de las conciencias, y lo que se subleva en todas las conciencias consigue pronto armar todos los brazos. Amigos y hermanos: ante ese gobierno que es la negación de la moral, y el obstáculo á todo progreso; ante ese gobierno ametrallador del pueblo, asesino de la República, que ha violado todas las leyes; ante ese gobierno que salió de la fuerza, y que por la fuerza ha de perecer, todo francés que sea digno de merecer el nombre de ciudadano, no debe querer saber siquiera si se verifican farsas de escrutinio, comedias de sufragio universal, y parodias de llamamientos á la nación. No debe enterarse siquiera de si hay hombres que votan, y otros que obligan á votar, ni de si hay un rebaño que se llama Senado y delibera, y otro rebaño que le llaman pueblo y obedece. El ciudadano digno de este nombre, debe guardar esta actitud: «cargar el fusil y esperar la hora.»

¿A qué y para qué señor D. Rafael, hacia yo tan autorizada como oportuna cita, que V. no perdería nada con hacer en esa Asamblea andaluza de la que al parecer es V. uno de los organizadores, sino para decir y demostrar la razón que tenemos los que como yo en Málaga primero, y después en Madrid, fuimos partidarios del retraimiento, y debido á nuestra propaganda lo adoptó el partido republicano español en las últimas elecciones, cuando en las anteriores, los jefes de las distintas fracciones, candidatos por Madrid, habian obtenido veintisiete mil votos?

¿A qué, y para qué, sino para demostrar que ni entonces, ni antes, durante veintitres años, nada habíamos obtenido con la lucha impropriadamente llamada legal, que yo en este mismo meeting calificué de ilegal y fullera, de inútil y después de todo contra-productente? Creía yo, y sigo creyendo, que aquel retraimiento habia penetrado íntimamente en la mayoría de los republicanos, excepción hecha de importantes individualidades que todos conocemos, y que entraron en la Fusión aceptando el procedimiento revolucionario, que antes decididamente combatian, y público es que en la pasada unión ni permitian hablar de él; y ante esa ventaja, ni yo, ni otros

muchos que como yo pensaban, vacilamos en entrar en ella, consintiendo en los dos procedimientos, á condición de estampar antes de las bases orgánicas de la Fusión republicana, una llamada preliminar en que la Asamblea declara que utilizará todos los medios ó procedimientos, así los normales como los extraordinarios que el deber impone, y las circunstancias aconsejan.

Y hé aquí explicada esa contradicción que ha creído V. encontrar al verme, y ver conmigo en la Fusión, á la inmensa mayoría de los que la forman, que después de todo pensamos que á costa de una concesión acaso ilusoria como el convite de la cigüeña, hemos obtenido otra de inmenso valor que trajo como primera consecuencia la desaparición de las antiguas fracciones y pequeños organismos, fundidos todos en un partido grande, serio y potente, y en un sólo pensamiento, y con un sólo objeto. He dicho acaso ilusoria y esto demanda á mi lealtad una explicación.

Simple mandatarios del pueblo republicano la Asamblea nacional, el Directorio y la Junta Central, desaparecidas las jefaturas unipersonales que llevaban traza de convertirse en dinastías reinantes, habrán de sentir los latidos de la opinión y en ella inspirarse, celosos de conservar su autoridad con sus prestigios, y no han de mandar cartuchera en el cañón so pena de perder aquélla y éstos, marchando contra la corriente que domine, ni invocando una disciplina tan absurda en este caso ineficaz. Habidas en cuenta las circunstancias de lugar y tiempo, el Directorio sabrá mandar en la seguridad de ser obedido, y buen cuidado tendrá de no agotar tanta fuerza acumulada en ordenar luchas que la esterilicen ni con uno ni con otro procedimiento. En la conciencia de todos está ó debe de estar al menos, de cuantos entran en la Fusión, que no es esta una de tantas uniones ó pasajeras coaliciones que dudaron sólo el tiempo necesario para obtener algunos unas cuantas credenciales de diputados á Cortes, ó para mangonear en las diputaciones provinciales, ó en los concejos; y en la conciencia de todos está que la disolución de los antiguos organismos se imponía para ir unidos con un sólo programa, que es traer la República, como está en la conciencia de todos, que no vendrá sin poner la fuerza al servicio del derecho.

Que habrá entre los llamados legalistas algunos ambiciosos que habrán acaso entrado en la Fusión con el único objeo que antes indiqué, como habrá entre los revolucionarios intransigentes, algunos contratistas de revoluciones á plazo fijo, corredores de ceca en meca, que al acercarse la tempestad alardean de traer encerrados en el puño los rayos de Júpiter, cuando si se les abre la mano, se vé que lo que esconden son los treinta dineros de Judas; tampoco V. ni yo lo dudamos; pero he de decir lealmente que creo que en uno y otro campo están en insignificante minoría, y ni unos ni otros son ni han de ser el menor obstáculo á la marcha que hemos emprendido, ni para llegar á alcanzar la común inteligencia y la victoria definitiva.

Ya no hay poder humano que haga renacer las antiguas dichas diferenciaciones, las intranquilidades de escuela, ni las incompatibilidades de carácter, ni personales inquinas, que desde arriba trascendian á fratricida lucha en los de abajo, agotando toda energía; pero ya que todo esto ha desaparecido por la clarividencia, aun que tardía, de los republicanos españoles; ya que no hay pontífices que excomulguen, por Dios vivo que no nos encarguemos de este papel los fieles que comulgamos con una misma hostia, y en todo caso dejémosle á los monaguillos para que todo el mundo se ria de ellos.

Soy de V. amigo afmo. y correligionario q. b. s. m.
RAMÓN PÉREZ COSTALES.

ECOS

Nunca hemos pensado ni remotamente contender polémicas con cierto periódico de esta ciudad que viene censurando un día y otro la fusión republicana, escudado en la sombra de un partido que hoy por hoy apenas se llama Pedro.

Lo que ese periódico está haciendo con sus desplantas é incongruencias, es servir á la reacción que nos amenaza veladamente y no á la libertad de que con vano empeño pretende ser buen defensor.

Déjese ya de tonterías insulsas el querido colega y reconozca, abriendo los ojos á la razón, que ésta no está de su parte, pues no hace sino ladrar desde la orilla izquierda del camino que ha de traernos á la República.

Por otra parte, no es así como va á hacerse adeptos y si trabaja tácitamente y con mejor éxito que nosotros por el partido de fusión, porque la opinión pública, sensata y justiciera, sin apasionamientos que le cieguen, sabe distinguir muy bien entre republicanos y republicanos.

Nuestro particular amigo y distinguido correligionario de Santa Coloma de Farnés, D. Enrique Frigola, se encuentra enfermo desde hace algunos días.

Deseamos sinceramente su pronto alivio en la enfermedad que le aqueja y que pueda cuanto antes emplear sus energías en pró del partido republicano, cuya organización se va haciendo cada día más necesaria.

Por noticias que hemos recibido de Lloret de mar, Caldas de Malavella, Olot, Tortellá, Palamós, Argelaguer y otras localidades, podemos afirmar que dentro poco habrá constituidas sus respectivas Juntas municipales interinas.

En la actualidad hay las de Gerona, Figueras, Baniolas, Cassá de la Selva, Palafrugell, Agullana, Salt, Cabanas, Susqueda y S. Pedro de Osor.

Se encuentra actualmente en Puigcerdá D. Miguel Morayta, miembro del Directorio de la Fusión Republicana.

A causa del atentado anarquista de Santa Agueda se ha hecho extensiva á todas las provincias de España la ley especial de represión contra el anarquismo que sólo regía en Barcelona y Madrid.

De aquellos polvos salieron estos lodos. Es innegable que los anarquistas son los mejores instrumentos de la reacción. Sería curioso averiguar si tiene que ver algo con ellos la mano solapada del jesuitismo.

¿A que no se intenta?

El último número de nuestro apreciado colega «El Republicano» de Madrid ha sido denunciado por segunda vez, á pesar de su corta existencia, pues sólo lleva publicados siete números.

Mucho lo sentimos y deseamos salga en bien de esas caricias importunas.

D. Carlos de Borbón, el eterno pretendiente, ha profetizado la muerte de las actuales instituciones que, según él, se han sostenido hasta ahora gracias á su actitud pasiva á que se sentía obligado por su patriotismo y amor ilimitado á España, añadiendo, que movido por tales sentimientos habia contenido el ardor de sus partidarios, á fin de no acrecentar las complicaciones que vienen pesando sobre el país, pero que ahora se halla decidido á romper la tregua que se habia impuesto.

Pónganse ustedes á temblar... y quédense luego tan frescos.

Porque con el carlismo acontecerá lo que con el parto de los montes.

Sólo constituyen un peligro para el día que se proclame la República.

Y ésta acabará entonces con ellos de una vez para siempre.

Que bien sabido es que nunca segundas partes fueron buenas.

En la sesión celebrada el día 17 de los corrientes por el Ayuntamiento de esta ciudad, D. Ignacio Tort, fiel intérprete de la opinión pública, sostuvo con muy razonados argumentos la necesidad absoluta de que los dependientes del Municipio legalizaran su situación, resultando, como no podía menos, aprobada por mayoría su proposición, vista con el mayor gusto por el público que quedó altamente satisfecho del proceder del señor Tort, cuando vió que en lo político no faltó al compañerismo á sus principios sentados.

Como lo bueno siempre es bueno, estaremos siempre al lado del señor Tort en todo aquello que tenga relación con la defensa de los sagrados derechos de los intereses locales.

Hemos recibido nota de la constitución de varias Juntas municipales interinas de nuestro partido, que publicaremos en el próximo número.

Imprenta del BOLETÍN.

SECCION DE ANUNCIOS

BOLETÍN REPUBLICANO

de la Provincia de Gerona

Organo oficial de la Fusión Republicana

SE PUBLICA SEMANALMENTE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: 1'50 TRIMESTRE

Anuncios a precios convencionales

Vinos legítimos

de la antigua y acreditada bodega

Hijo de F. Ramos Téllez

DE MÁLAGA

(Fundada en 1812)

Jerez seco, Málaga dulce de color, Blanco dulce y Marsala

Lágrima, Madera, Pajarete, Pedro Ximénez, Moscatel, Garnacha, Guindas rojo y blanco y Malvasía

Alicante, Oporto, Naranjas Mandarinas y Amontillados Fino Malagueño, Masa Fino, etc.

Manzanilla de Sanlúcar

Tinto de mesa y seco oscuro, preparado especialmente para los mercados de Venezuela y Colombia

Cognac fine champagne, Ron y Ginebra holandesa

Anisete exquisito igual al Ojén

Esta casa, sin rival en clases, calidad y precios, posee una colección completa de vinos de todas las añadas desde época inmemorial y puede por consiguiente, expedir vinos de todas las edades.

Pidanse en las principales confiterías y botillerías

CENSO REPUBLICANO

El empadronamiento del pueblo republicano es una necesidad; pues sólo así pueden contarse sus fuerzas y depurarse debidamente sus representaciones.

Para facilitarle hemos impreso unas hojas talonarias, que, cortadas, dejarán en su matriz, y en poder del empadronado, para que le sirva de cédula, nota de su nombre, naturaleza, edad, estado, domicilio, profesión y noticia si sabe leer y escribir.

Cada cincuenta ejemplares de estas hojas de excelente papel, encuadradas en un libro talonario, con tapas de cartulina, se enviarán francas de porte, mediante el pago adelantado de una peseta, y cada cien hojas en igual forma 1'50 pesetas, pidiéndolas a la Administración de «El Republicano», Pez, 46.—MADRID.

TALLER DE SILLERÍA

Restauración de muebles

JOSÉ SAGRERA

2, Calle de las Bernardas, 2

GERONA

DISPONIBLE